

## Reseñas

---

Rubén Sierra Mejía. **La Responsabilidad Social del Escritor**. Biblioteca de Escritores caldenses, Manizales, 1988.

Resulta cuando menos saludable leer un libro como el de Rubén Sierra Mejía en circunstancias como las del actual desamparo institucional en el que vive la cultura en Colombia. Habitados a una sociedad en la que tan poca cosa como leer es un privilegio, hemos adquirido la mala maña de considerar el trabajo intelectual como ornamental y nos hemos acostumbrado a vivir a la espera de que las poquísimas instituciones que apoyan este tipo de trabajo consientan en favorecer nuestros "exóticos" intereses para poder sobrevivir de alguna manera. En tales circunstancias han prevalecido en el ambiente cultural colombiano la adulación y el simulacro.

Sierra Mejía reclama la independencia del espíritu respecto de cualquier presión de poder como constitutivo esencial de las tareas intelectuales, y como "conditio sine qua non" para la adopción conciente del compromiso que el trabajador intelectual tiene con la sociedad en que vive. Para que esto sea, a su vez posible, es indispensable que la sociedad dé alguna cabida al intelectual y considere su labor como necesaria al desarrollo de la misma sociedad. El que tal cosa pueda echarse de menos en nuestro ambiente cultural no justifica de ninguna manera una actitud parasitaria y acomplejada de parte del intelectual; antes bien, ello es motivo suficiente para exigirle un comportamiento crítico y creativo.

Tal es el motor de las reflexiones del profesor Sierra. Pero no se trata, como pudiera parecer a simple vista, de un ensayo destinado a penetrar el insoslayable compromiso que el escritor y el intelectual han aceptado con la sociedad desde el momento en el que han tomado conciencia del carácter público de su trabajo, sino de una colección de artículos de opinión (ya publicados todos ellos por su autor en diferentes medios de difusión a lo largo de los últimos ocho años), en los que desde diversos tópicos se hace referencia directa e indirecta al tema que da ocasión al título del libro.

Si bien el autor anota en el prólogo que la colección de artículos presentada puede considerarse como formando parte de una "crítica de la vida cultural", él mismo nos advierte del carácter "efímero" y "coyuntural" que tienen los escritos, lo cual hace que no tengan más pretensión que la de expresar algunas inquietudes y sentimientos de inconformidad en torno al inocuo papel que el intelectual juega en una sociedad como la nuestra, no muy dispuesta ella misma a reconocer, y mucho menos a favorecer, la existencia de individuos empeñados en la producción espiritual y la reflexión crítica.

Sólo los tres primeros artículos ("La responsabilidad social del escritor", "Simulación y cultura" y "Obstáculos a la investigación filosófica en Colombia") se ocupan de una manera directa de manifestar esas inquietudes. Pese al hecho de tratarse, como lo dice el mismo Sierra, de artículos de opinión, de la mera expresión de un sentimiento público "frecuentemente objeto de comentarios en discusiones académicas o en charlas de café", puede advertirse en ellos con nitidez una intención, a la vez reflexiva y polémica, de abordar a plenitud los temas que sus títulos prometen, al punto de que el lector desearía ver un poco más desarrollados algunos motivos de reflexión que alcanzan a cautivar en virtud de su vigencia.

Me parece especialmente importante destacar una idea que recorre casi todo el libro y que parece constituir el núcleo de las preocupaciones del autor. El profesor Sierra Mejía sostiene que el escritor debe asumir una **misión social** consistente en actuar como conciencia moral y crítica de la sociedad. Ilustra su posición con ejemplos históricos tan célebres como el de Voltaire en el sonado caso Calas o el de Zola en el "affaire Dreyfus". Al mismo tiempo, hace notar la ausencia de semejante compromiso en el actual contexto de la producción literaria colombiana y se cuida muy bien de distinguir su idea de la actitud comprometida que Sartre exigía del escritor y en conformidad con la cual vivió él mismo. Con esto último el profesor Sierra está diciendo simplemente que la responsabilidad social del escritor no debe tomarse tan a pecho como para comprometerlo con una ética que vele por la transformación de la sociedad. Lo cual es legítimo, pero no prueba que lo otro no lo sea. Que un compromiso semejante sea o no equivocado es cosa distinta y su evaluación requeriría de una discusión ideológica de enorme envergadura.

El intelectual de nuestra época se ha habituado a las funestas consecuencias que ha implicado para su trabajo la famosa tesis XI sobre Feuerbach de Marx, al punto de haberse constituido ella en una especie de mala conciencia que lo arrincona contra la pared cada vez que se ve en medio de un ejercicio puramente teórico. No se ha insistido suficientemente en el hecho de que la "obligación transformadora" supone una determinada valoración ideológica de la sociedad. Podría decirse, igualmente, sobre la base de otra determinada valoración ideológica, que la sociedad no necesita ser transformada y actuar en conformidad, es decir, "comprometido" con esa idea.

Los nazis quisieron transformar el mundo (de hecho lo cambiaron) y hubo intelectuales "comprometidos" con esa determinada tarea. A mi modo de ver, hasta cierto punto obraron legítimamente. Equivocados o no, ese es otro problema (terriblemente serio, por lo demás).

Proponer un compromiso crítico con la sociedad supone, del mismo modo, una determinada valoración ideológica: aquella que sostiene que el libre ejercicio del pensamiento y la producción espiritual requieren de un medio ampliamente democrático que los propicien.

De los excesos de la "obligación transformadora" surgió en los años setenta en nuestro medio un tipo de "intelectual" especialista únicamente en el arte de desprestigiar todo intento teórico que no reconociera que el "principal presupuesto de la filosofía es el desayuno". Todavía se oye decir esa tontería en algunos salones de clase.

No sería de desear que lo que se exige, guardadas bien las proporciones, sea un intelectual que haga de la crítica de la sociedad su vocación, pues no se ve cómo pueda desarrollarse una cultura literaria y artística con un ejército de misioneros sociales incapaces de atender a las preocupaciones interiores de sus disciplinas. Esas preocupaciones, como es el caso de la filosofía por ejemplo, requieren en ocasiones de mucho tiempo dedicado a un trabajo que no es "útil" en el sentido de rendir un beneficio social,

como no sea el de contribuir a la comprensión del mundo, lo cual, a la larga, sólo puede ser aprovechado directamente por muy pocos.

La responsabilidad social del "trabajador" intelectual y artístico, en el sentido determinado como la entiende Sierra Mejía, debe ser colateral al trabajo intelectual propiamente dicho, es decir, no debe suplir en ningún momento el verdadero compromiso que el trabajador espiritual tiene con la sociedad. A saber: el de contribuir con sus producciones al desarrollo de la cultura. Pienso, por lo demás, que lo aquí anotado no se aleja fundamentalmente de lo expresado por el autor.

En tal sentido, buena parte del esfuerzo que el artista y el intelectual tienen que invertir para participar en la concientización de su sociedad debe estar dirigido a la defensa de un "lugar social" en el que puedan ocuparse de los problemas inherentes a su actividad, sin tener que verse obligados a responder por los efectos pragmáticos y políticos de su trabajo. Suele decirse que este es un "lujo" que no puede permitirse una sociedad pobre como la nuestra, sin caer en la cuenta que tal idea no es solamente el síntoma más inquietante de su pobreza sino también una de sus principales causas.

Cierto es, también, que las circunstancias particularmente dramáticas por las que atraviesa nuestro país y los "obstáculos" de índole institucional que una democracia tan endeble como la nuestra impone a las tareas intelectuales, hacen que cada día las preocupaciones interiores del trabajo teórico sean reemplazadas por preocupaciones acerca del oscuro destino de nuestra comunidad humana. Sin embargo, creo que aún esas circunstancias no son tan indigentes como para depositar en ellas nuestra negligencia y así justificar sociológicamente nuestra mediocridad. Es fácil ver, por el contrario, que las sociedad colombiana actual ha ofrecido un clima que, comparado con el de otros momentos del presente siglo, ha posibilitado en mucho el desarrollo espiritual. No quiere decir esto, de ninguna manera, que las cosas no puedan ser mejores.

Es por esto último, entre otras razones, por lo que el libro del profesor Sierra Mejía tiene valor. Sus reflexiones, expuestas en una prosa equilibrada y limpia son increíblemente saludables toda vez que nuestro país no es aún lo suficientemente moderno que quisiéramos.

LUIS EDUARDO HOYOS JARAMILLO